

# EL BANESTO, LOS CENTRISTAS Y LAS CRISIS ESPAÑOLAS DE 1930 Y 1976

AUNQUE la Historia no suele repetirse con matemática exactitud, a veces registra coincidencias tan sorprendentes que lindan con lo increíble. En repetidas ocasiones he señalado las extraordinarias semejanzas entre la situación española actual y la vivida por nuestro país en 1930. Nadie ignora que entonces como ahora España salía de una prolongada dictadura que mantuvo en suspenso las garantías ciudadanas y las libertades individuales ni que el gobierno Berenguer se proponía un rápido retorno a la normalidad constitucional, previa la necesaria pacificación de espíritus para celebrar unas elecciones que confirmasen la confianza nacional en la gestión de don Alfonso XIII. Tampoco es descubrir ningún Mediterráneo subrayar que el radical cambio político en el rumbo de la nación se producía —entonces como ahora— en medio de una aguda crisis económica nacional e internacional con una inquietante depreciación de la peseta, un alza considerable de precios, una inflación que ningún ministro de Hacienda acertaba a contener y un pavoroso incremento del desempleo forzado con sus inevitables repercusiones en huelgas y conflictos laborales.

Pero si las líneas generales de ambas situaciones ofrecen curiosas similitudes, aún son mayores las que presentan algunos aspectos o fenómenos parciales. Así, por ejemplo, la enconada y a veces violenta oposición al menor cambio estructural por parte de los defensores y beneficiarios de la anterior dictadura, con su frecuente recurso a las amenazas verbales o escritas, casi siempre anónimas; las constantes "lecciones" acerca de la verdadera democracia dadas con desdoro y cinismo por quienes durante muchos años la hicieron totalmente imposible; la marginación del juego político de amplios sectores de la opinión nacional y la parsimoniosa devolución de libertades civiles entendida más como concesión graciosa por los detentadores del poder que como debida restitución de unos derechos ilícitamente usurpados.

Todo esto, cuyo exacto paralelismo en una y otra situación salta a la vista, palidece ante la igualdad absoluta de la influencia del capitalismo financiero español en el planteamiento y solución de las crisis políticas. Hace unos días, "El País" publicó un sensacional informe señalando que figuras destacadas relacionadas con el Banco Español de Crédito jugaban papeles de fundamental importancia en la solución del problema planteado por el cese del señor Arias Navarro. Hablaba del prestigio del señor Garnica, de que los señores Oriol, consejeros y accionistas de Banesto, formaban una especie de minoría familiar dentro del Consejo del Reino; que los dos primeros integrantes de la terna designada por dicho Consejo para ocupar la presidencia del Gobierno —los señores Silva Muñoz y

López Bravo— eran asimismo consejeros del Banco y otra serie de precisiones igualmente curiosas. A esta lista añadiría días más tarde don Ricardo de la Cierva los nombres de los actuales ministros, señores Lavilla y Carriles, que tienen o han tenido estrechas relaciones con el Banco Español de Crédito, habiendo desempeñado, el primero, "la Secretaría General del afortunado Banco".

La interesante información de "El País" adquiere su máximo y aleccionador interés si la cotejamos con algo que podemos leer en la página 316 de "Notas de mi vida", Memorias escritas por el político conservador, varias veces ministro de la Corona, don Juan de la Cierva y Peñafiel, en fecha tan remota como enero de 1932:

"Ahora únicamente me propongo señalar la dirección que a la política quería darse a la constitución del nuevo Gobierno (el de Berenguer), dirección que en parte hubo de rectificarse para sustituir a Cambó y Maura, que debían ser los elementos más importantes de los que lo integraran, y no quisieron o no pudieron contribuir en aquel momento a realizar el plan trazado con tanta perseverancia y habilidad. Se propuso para la cartera de Hacienda al señor Garnica, liberal (del Banco Español de Crédito), y debo suponer que tal iniciativa partió de Cambó y Maura (este último del mismo Banco), tal vez por haberse negado antes el marqués de Cortina (también de ese Banco), muy considerado, como Garnica, por el Rey. No aceptó Garnica y entonces propusieron al señor Argüelles, también amigo del Rey (y consejero del repetido Banco), amigo político de Bugallal, y lograron que aceptase, pero ya entonces hubo que contar con Wais (ligado con el afortunado Banco) como ministro de Economía".

¿No parece increíble la similitud existente entre la situación que en 1930 señalaba persona tan poco sospechosa de demagogias anticapitalistas como don Juan de la Cierva y Peñafiel y la que ahora precisa el informe publicado por "El País"? Lo resulta indiscutiblemente y esa similitud basta para demostrar que el capitalismo bancario español no ha experimentado grandes modificaciones en el transcurso del último medio siglo y continúa ejerciendo una influencia considerable en el curso de la política nacional.

Todavía cabe hallar en este paralelismo entre las crisis de 1930 y 1976 otra desconcertante coincidencia: que si hace cuarenta y seis años los señores Cambó y Maura (don Gabriel) se niegan a formar parte del gobierno Berenguer, pese a los repetidos requerimientos de don Alfonso, en la última y más reciente de nuestras crisis políticas han adoptado idéntica postura los señores Fraga Iribarne y Arellano. Con la nueva y sorprendente coincidencia de que si los señores Fraga y Arellano se han proclamado políticos centristas, los señores Cambó y Maura se lo proclamaban también en 1930. ■ EDUARDO DE GUZMAN.

LoS  
CoNteM  
poRa  
nEoS

## LA LOGICA Y EL TIEMPO

**L**OGICO es todo aquello que sucede, a condición de que haya sucedido. Ilógico es lo que no sucede. Es el gran engaño de la Historia contada, que nos parece llena de significado y de contenido: cuando su única lógica es la de haber sucedido. El Gobierno que tenemos es lógico porque lo tenemos. Unos días antes, cualquiera que lo hubiese profetizado, hubiese pasado por demente. Estamos en un país de grandes profetas del pasado, y ahora hay muchos que profetizan que este Gobierno, y su nuevo presidente, son lógicos, habida cuenta de las circunstancias. Con lo cual no quieren decir que sea bueno o que sea malo. Cuando fracase, gritarán que ya habían profetizado su fracaso. Si triunfase, también sería lógico. Las relaciones del español con la política son fantasmales. Es, por lo tanto, lógico que tengamos un Gobierno fantasmal. Su primera función debe ser la de demostrarnos que existe.

Lo malo es que los Gobiernos, en España, tienen una pesada tendencia a demostrar que existen haciéndose insoportables. Es un país donde sólo existe aquello que castiga. Parece que los buenos padres son siempre aquellos que más reprimen a sus hijos. Se les oye, ufanos, relatar a sus amistades: "Pues yo no consiento que...". El padre permisivo se hace invisible. Para sí mismo, sobre todo. No se percibe, no tiene la conciencia de su propia existencia con relación a sus hijos. Aquí los Gobiernos han sido siempre paternalistas. El Gobierno próximo pasado tenía un regusto por injertar en todas sus oraciones la frase: "No vamos a tolerar que...". "No estamos dispuestos a...". En esa fórmula, don Carlos Arias era un maestro. Necesitaba verse a sí mismo, y se veía no tolerando. Mientras pasaba todo a su alrededor. Como en las familias de los padres rudos.

En cuanto a este Gobierno que está pasando, probablemente se reprima a sí mismo en la declaración de la represión. Pero no hay que creer que se abstenga de ella. Todavía hay cantantes, poetas, periódicos y asociaciones en este país ante los que demostrar que se existe. Probablemente hay otros grupos en este país ante los que demostrar que se tolera.

Es adelantarse al tiempo. Profetizar el futuro es de mal gusto. Sobre todo, a un Gobierno que no lo tiene. Apenas nombrado el presidente del Gobierno, el tiempo se le estaba escapando ya; y a raudales. Ya se estaba exigiendo cuentas de que no hubiera formado Gobierno: al día siguiente de nombrarlo, ya se le pedía que hiciese una declaración inmediata de propósitos. Se le iba el tiempo. Porque, naturalmente, es un Gobierno que va con un par de democracias de retraso. Tiene que correr detrás del tiempo que despilfarraron los otros: y no los ministros que le precedieron, sino los que precedieron a los que les precedieron, y los anteriores. Luchar contra el tiempo es una ilusión. El tiempo siempre gana. Se dice de estos ministros que son jóvenes, lo cual es una locura racional —los verdaderos jóvenes están marginados de la política— y ello puede inducirles a creer que tienen tiempo por delante. Don Adolfo Suárez es un hombre que parece que siempre ha tenido prisa. Que no la pierda: puede ser una virtud en estos tiempos.

Pero ya se está viendo cómo se les desliza entre los dedos de sus manos todavía entreabiertas. Al día siguiente de su primer Consejo de Ministros, ya nos parecía que llevábamos una eternidad esperando... ■

POZUELO